

SOBRE ALGUNAS TRADUCCIONES DEL GRIEGO EN EL SIGLO XVIII EN ESPAÑA

Los traductores de los clásicos griegos han sido estudiados por diversos críticos, y entre ellos más ampliamente por el sapientísimo polígrafo del siglo pasado D. Marcelino Menéndez y Pelayo. Sin embargo, como ya se ha demostrado por gran número de estudiosos, M. Pelayo, al abarcar tal cantidad de cosas como las que trató, no llegó muchas veces a una matización profunda y, concretamente, en materia de clásicos antiguos que tan minucioso estudio requieren, no parece que esté de más una revisión, que en este caso va a ser de algunas traducciones de poetas líricos griegos hechas en el siglo XVIII en España. Alguna de ellas la trataré someramente; por el contrario, me detendré más en los casos que considere de mayor interés. Como quiera que sea, el trabajo será más detallado que el de Menéndez y espero que ello haga que no sea mera repetición de lo ya dicho por el famoso erudito santanderino.

Punto esencial en un estudio de este tipo es enjuiciar aquellas traducciones con criterios que den la debida importancia a la situación de los estudios clásicos y a los gustos literarios de la época. Efectivamente, la costumbre nos lleva a enjuiciar estas traducciones de acuerdo con las normas actuales. No hay que decir que el concepto que tenemos, más bien rígido, con tendencia a la literalidad y escasas libertades, dista grandemente del que tenían en el siglo XVIII. A esta diferencia de concepción se agrega el hecho de que en aquel siglo la situación de la enseñanza de las lenguas clásicas fuera verdaderamente lamentable. En efecto, mientras que en las dos centurias anteriores había habido gran preocupación por

estas materias, una personalidad como Feijoo llega a decir que sólo tenía noticia de cinco o seis españoles que se dedicaran al estudio de la lengua griega¹.

Datos sobre este problema los tenemos en *Elementos de Gramática Griega* de Ortiz de la Peña, que en el prólogo expone su punto de vista sobre la situación general de los estudios clásicos. Más particularmente sobre el estudio del latín nos habla D. Josef Margans de Posada en *Tres cartas sobre los vicios de la Instrucción Pública en España*, publicado en 1807. Más noticias, aunque propiamente del siglo XIX, pero partiendo del anterior, nos da Apráiz en *Apuntes para una historia de los estudios helénicos en España*.

Fue con la subida al trono de Carlos III cuando por impulso del rey se generalizó algo la inquietud por la enseñanza. Este movimiento era en realidad una realización de la reforma que se venía preparando desde Fernando VI, de la cual fue el principal promotor el padre Rávago, de la Compañía de Jesús. Bajo el reinado de aquél, pues, se inicia el movimiento a favor de la instrucción pública y gratuita. Ya expulsados los jesuitas, en 1768 se propone que a los maestros se les de sueldo fijo que sea suficiente como para no tener que recurrir a otros oficios. Estas iniciativas sin duda afectaron al campo de la cultura clásica, y así tenemos que con el restablecimiento de los Reales Estudios en 1770 se instituyeron varias cátedras, entre ellas las de Latinidad y Lengua Griega. Este mismo año Carlos III pidió informes a las Universidades sobre la situación y los proyectos que podían trazarse, y en la reforma de 1791 se restablece el griego en la mayoría de las Universidades. También tiene importancia considerable en esta época la ampliación de atribuciones de la Academia Greco-Latina, llamada anteriormente Sociedad de Latinidad y Elocuencia.

No voy a detallar lo que duró este movimiento cultural. En algunos casos no fureon más que tendencias hacia una prosperidad intelectual que no se terminaba de lograr, pero no hay duda de que tuvo sin embargo su importancia y realidad. Volviendo a nuestro tema concreto hay que decir que no es en todo caso casual el que sea precisamente en la segunda mitad del siglo cuando proliferan

¹ *Cartas Eruditas y Curiosas*. Carta XXIII, t. V, en la Ed. de Madrid, 1731.

los estudios sobre el griego. Efectivamente, gramáticas, traductores e imitadores surgen especialmente en este tiempo.

Añadiremos por último que a pesar de todo hubo a lo largo del siglo una minoría que practicaba el estudio del griego y del latín como auténtico «hobby». Así, sabemos que D. Manuel Lanz de Casafonda, fiscal del Consejo de Indias que había estudiado humanidades bajo la dirección del P. Fray Juan Antonio Ponce, después de haber sido elevado a la Fiscalía (1768-71) organizaba tertulias literarias en su casa todos los jueves y domingos en las cuales se trataban diversos puntos siempre acerca de estudios del griego. Igualmente podrían agregarse las disertaciones sobre estos temas que tuvieron lugar en Academias y otros centros, como las dos que pronunció D. Nicolás Rodríguez Lasso sobre la utilidad de la lengua griega, una hacia 1765 y otra el 6 de noviembre de 1789; o como la que anteriormente, el 16 de marzo del 53, había expuesto D. Juan de Salcedo sobre la utilidad del Hebreo y el Griego para conocer las escrituras, o la disertación que hizo sobre el «Parentesco del idioma castellano con el hebreo y el griego» D. Antonio Jacobo del Barco el 7 de marzo de 1799².

Con este ambiente, unas veces con el viento a favor con rachas como las que hemos visto y las más en contra tuvieron que valerse nuestros traductores. A ellos nos dedicamos seguidamente.

Tres van a ser los autores griegos de cuyas traducciones voy a tratar: *a)* Teócrito, por haber sido trasladado por una de las figuras consideradas como más relevantes en este siglo en el ámbito de las letras, aparte de que, como veremos, el espíritu de los idilios está muy de acuerdo con el gusto entonces reinante; *b)* Píndaro, que, por el contrario, no iba con el ambiente de la época, pero el que haya dos traducciones bastante extensas de sus odas me ha animado a estudiarlo; *c)* Anacreonte: su estudio creo que es imprescindible en un trabajo de este tipo, dado que de los griegos fue el poeta preferido por los lectores, traductores e imitadores del XVIII.

Empiezo por Teócrito, por ser el que voy a tratar con mayor brevedad.

² *La real Academia Sevillana de Buenas Letras en el siglo XVIII*, de Fc. Aguilar Piñal, pp. 319-337. Más datos, en la p. 272 de la misma obra.

No es extraño que en este siglo la poesía pastoril griega fuera objeto de alguna traducción. En efecto, juntamente con los temas anacreónticos esta poesía agradaba de modo especial a los lectores de la época. Hauser, en su *Historia Social de la Literatura y el Arte*³, explica claramente este fenómeno como resultado de un hastío nacido de un exceso de vida social y de preocupaciones por los asuntos de la corte, situación que lleva a añorar la vida tranquila de los pastores y zagalas.

Me voy a referir al idilio βουκολισκός considerado como pseudo-teocríteo por algunos editores, entre ellos por Ph. Legrand, en la colección de Belles Lettres. Elijo esta poesía por haber de ella dos versiones, una de Meléndez Valdés y la otra de J. A. Conde. Éste tradujo más idilios de Teócrito, mientras que Valdés no trasladó más que éste, si bien los suyos originales son muchos.

En relación con las que veremos después, estas versiones son una excepción en cuanto que siguen fielmente el texto griego. No son diferencias fundamentales las que separan una traducción de otra, sino más bien pequeños matices. Por ejemplo, en el verso segundo el ξρρ' άπ' έμείο Conde lo recoge en un: «de mí te aparta», mientras que Valdés dice: «vete, vete», más natural, aunque la otra parezca más fiel. Ambos siguen la variante άγροίκως en el verso cuarto que ofrece la Analecta de Brunk. Conde traduce: «No aprendí yo a besar rústicamente» con el adverbio en español también, que queda menos exacto que la versión de Valdés por: «al modo de los rústicos» que refleja mejor el sentido despectivo del original. En el verso 6, tanto el «qué razones» de Conde como «cuál hablas» de Valdés parecen guardar la lección λαλέεις de los códices o λαλείς de Estienne y no la de φιλείς de la Analecta. Sin duda se trata de una errata de ésta. En el verso 16 se compara el propio βουκολισκός con una rosa llena de rocío: ώς ρόδον ξρσφ. La traducción de Valdés con más palabras: «cual la rosa está en el rocío» queda más elegante que la de Conde: «cual la rosa rociada», que además se presta a confusión. En el verso 21 Valdés sigue la versión άδύ τι κάλλος que traslada: «y con agradable forma» Conde: «Cierta graciosa forma en mí se vía». El άδύς τουλος es de Graefe. Parecen, en cambio, disentir en el verso 26, donde Valdés traslada:

³ Tomo II, pp. 177 ss.

«más dulce que la leche ya cuajada», siguiendo el $\pi\alpha\kappa\tau\acute{\iota}\varsigma \gamma\lambda\upsilon\epsilon\rho\acute{\omega}\tau\epsilon\rho\omicron\nu$ de los códices y la *Analecta*. Conde, en cambio: «más suave que un queso» parece atenerse a la corrección de Valckenaer que sigue Legrand. Aquí se ve también que, aunque literal, Conde resulta tosco en comparación con Valdés. En el verso 31 este último traduce el $\tau\acute{\alpha} \xi\sigma\tau\iota\kappa\acute{\alpha}$ por «las ciudadanas» y Conde en singular por «la ciudadana». El matiz despectivo del neutro, aunque difícil de trasladar en nuestra lengua, no queda bien recogido. Por tratarse de una referencia a un caso particular, creo que Conde traduce mejor que Valdés. En cambio, al verbo $\pi\alpha\rho\acute{\epsilon}\delta\rho\alpha\mu\epsilon\nu$ le da mejor significación éste: «desdeñan», ya que el «se ha pasado» de Conde no tiene el valor transitivo de desprecio del otro verbo.

Estos son los comentarios que creo más importantes. De un modo general, hay que subrayar la corrección y literalidad de ambas, ya que en este tiempo eran realmente escasas las versiones de este tipo. Destaca, no obstante, la de Valdés sobre la de Conde por mayor gusto y delicadeza. No vamos a estudiar en este trabajo más versiones de Valdés, pero, con respecto a Conde, hemos de decir que, sin ser una obra maestra su traducción, sin duda la musa pastoril le era más favorable que la anacreóntica, como veremos después.

Empresa ardua y meritoria fue sin duda la de los dos traductores que tenemos en este siglo del poeta beocio. Mientras que el gusto por lo idílico y anacreóntico concuerda muy bien con las directrices de la época como hemos dicho, la concisión y profundidad de este autor va por caminos opuestos a aquéllas. Muy característico es que Voltaire, sin ser helenista, ridiculizara la manera de dividir los versos al estilo pindárico en otros franceses que él mismo compuso «ad hoc». No sólo en el aspecto formal, sino en el espíritu de la poesía notamos un gran abismo con el que reina en ese momento en España⁴. He aquí, pues, el mérito de nuestros traductores. Para ellos, el esfuerzo era doble: el de traducir un texto con conocimientos de la lengua griega adquiridos a duras penas y el de trasladar un pensamiento muy ajeno al suyo propio

⁴ No olvidemos, no obstante, que se dieron algunas imitaciones del estilo pindárico como la que hizo Cadalso en honor de D. Nicolás Fernández Moratín, o como la de Valdés «A Cíparis en el día de sus años» que empieza: «Don grande es la alta fama...», entre otras.

y expuesto de manera muy diferente a como ellos lo hubieran hecho. Ante estas dificultades lo que ellos hacen es darnos una traducción total; no solamente de lengua a lengua, sino del modo de representación pindárico al suyo propio, esto es, interpretarlo en muchos casos en vez de traducirlo. Por otra parte, como consecuencia de la primera dificultad, los yerros y equivocaciones aparecen de vez en cuando. Creo, no obstante, que no hubieran podido hacerlo mejor en su tiempo y sus circunstancias. En vista de lo dicho, espero que no extrañe al lector que en este caso todo mi trabajo se limite prácticamente a la mera crítica de las dos versiones. No hay que mirarlo, sin embargo, como un ataque continuo a la obra de estos autores. Más bien debemos contemplarlo como cosa curiosa, hecho con una comprensión que a nuestro juicio podríamos denominar casi infantil.

De las dos ediciones que vamos a estudiar, la de Berguizas y la de los hermanos Canga, ambas publicadas en 1798, la primera se caracteriza por la gran amplitud que da el autor al prólogo en el que, además de explicar las razones de la publicación de su trabajo que en principio no pensaba sacar a luz, expone una serie de comentarios y dedica ciento cuatro páginas al estudio del carácter de Píndaro.

Los Canga consagran a estos preámbulos mucho menos espacio, si bien antes de empezar traen también unas nociones sobre los juegos, objetos materiales, ejercicios atléticos, etc. que en aquel tiempo podían llamar la atención de los extranjeros y que en la lectura de Píndaro ayuda a la comprensión del texto. De la misma manera, Berguizas se extiende ampliamente en las notas, mientras que los Canga son concisos, pero claros, y les dan a todas un tamaño similar. Berguizas, en cambio, dedica en la primera olímpica cuarenta y seis páginas a comentario, cinco con carácter introductorio. A la sexta, trece en total. Las demás tienen menor extensión. Como muestra de la erudición y amplitud que le da a las notas compruébese, por ejemplo, en la primera olímpica el comentario a la palabra κέλητι (p. 199) o al ἄριστον μὲν ὕδωρ (pp. 200 a 204), o a los versos 24 y 25 (pp. 216-219). Junto a esto, como nota erudita en los Canga hemos de señalar la confrontación que hacen de algunas poesías de poetas castellanos con odas de Píndaro, comparables por su lenguaje e ímpetu, aunque distintos por su tema. Así la de Fray Luis

de León a D. Pedro Portocarrero (II) relacionable con la XII olímpica; con la II, la de Herrera en la canción sexta a D. Juan de Austria.

Vamos a ver a continuación algunos de los ejemplos que he considerado más significativos. Pertenecen a la segunda y sexta olímpica. El temor de aburrir al lector repitiendo más o menos lo mismo me ha hecho abstenerme de poner alguno más.

He aquí unos versos de la 2.^a estrofa de la segunda olímpica:

CANGA

Justa es la ley del cielo
cuando después de una desgracia
la rienda al bien alarga. [amarga
Dicho se ha todo aquesto
por las hijas de Cadmo
que tras un hado rígido y funesto
están sentadas hoy en tronos de oro:
y su congoja y lloro
trocóse en alegría.
Murió de un rayo herida
por Júpiter, Semele:
y hora disfruta una felice vida
en el supremo Olimpo tiernamente
de Minerva y de Júpiter querida,
y del joven ardiente
que de yedra inmortal ciñe su frente.

BERGUIZAS

De las entronizadas
hijas bellas de Cadmo tal la suerte
fue, que de acerbos males oprimidas
fueron; mas cede el sueño pesaroso
al gozo ventajoso.
Así Semele hermosa la del bello
larguísimo cabello
muerta del rayo activo al golpe ar-
[diente
goza vida inmortal y vive amada
de Palas siempre, de su padre Jove,
del hijo en verde yedra coronado.

De las dos versiones, la de los Canga queda más pomposa y ornamental, aunque sea a costa de mayores adiciones que la de Berguizas. El verso que dice: «que tras un hado rígido y funesto» no tiene correspondencia con el original. El añadido «de oro» al sustantivo «tronos» tampoco lo dice Píndaro, pero es más admisible que lo anterior. Más abajo no traduce el *ταυθέθειρα* y añade un verso: «y hora disfruta una felice vida» y unos adjetivos: «supremo» y «ardiente» de los que nos parece más oportuno el primero. El adverbio «tiernamente», en rima con «ardiente», no parece tampoco que sea el más a propósito sobre todo por el sentido cuando podía haber elegido otro como felizmente, más adecuado.

En Berguizas encontramos algún verso prosaico como el tercero: «al gozo ventajoso». También nos llama la atención un exceso de adjetivos: «Bello», «larguísimo», «activo», «ardiente», en los versos 6, 7, 8. La parte primera es, en cambio, más escueta que la de los Canga y más oportuna a nuestro juicio. Está bien trasladada la idea desde ἔπαθον hasta ἀγαθῶν. La noción de βαρύ puede estar recogida en el «oprimidas» y el «cede» traduce bien la idea de πίπτει.

Veamos a continuación la 5.ª estrofa:

CANGA	BERGUIZAS
<p>Aquí está el fiero Aquiles, que a Héctor abatió; firme columna del imperio troyano; también su fuerte mano dio muerte a Cicno el hijo de Neptuno y al Etopo Memnón del alba aurora.</p>	<p>..... Aquiles, que derribó a Héctor, fuerte, inexpug- columna incontrastable [nable muro de la troyana fortaleza; que a Cicno valeroso, a Etopo ardiente hijo brillante de la clara Aurora en triste desventura hundió con fuerte mano y muerte os- [cura.</p>

En esta ocasión es el texto de Berguizas el que destaca por su sonoridad. Aunque se excede en algunos términos como de costumbre: «fuerte», «muro», «fortaleza», «valeroso», «ardiente», «brillante», «clara», no es de las ocasiones en que están peor escogidos los epítetos. Así, con Etopo se relaciona bien la idea de los adjetivos «ardiente» y «brillante». De la misma manera tampoco están fuera de lugar los dedicados a Héctor. Nótese también la perífrasis del último verso que en griego son sólo dos palabras:

La de Canga, más fiel en cuanto que no añade tanto, agrega, sin embargo: «su fuerte mano», «hijo de Neptuno», «Memnón», y, por otra parte, el ἄμαχον y ἀστραβῆ, sólo quedan recogidos por el «firme». En este caso nos inclinamos por la versión de Berguizas, aunque sea dejándonos llevar por el gusto.

Como curiosidad de otro tipo al margen de la traducción en sí veamos el comentario de Berguizas al verso 12 y 13: ἐν τούτῳ πεδίλῳ (pp. 254 y ss.), muy significativo del criterio del siglo XVIII sobre las palabras nobles e innobles. Da en él la traducción literal:

«Sepa el hijo de Sóstrato que tiene el venturoso pie en este zapato». En griego: *Ἴστω γὰρ ἐν τούτῳ πεδίλῳ δαιμόνιον πόδ' ἔχων Σοστράτου υἱός, y aunque luego dice que podría salvarse la vulgaridad cambiando zapato por coturno, él se evade con toda libertad del mal paso traduciendo en verso: «Esta fausta ventura / toca al hijo de Sóstrato dichoso». Menos escrupuloso y más literal en este caso, Canga dice: «el hijo de Sóstrato tenga en aqueste zueco el pie divino», si bien el subjuntivo es contrario al sentido de la frase. En el verso 26 y siguientes Berguizas da de nuevo una traducción defectuosa a causa ahora de la rima: «A par de la alta Tebas», mientras que en el comentario demuestra que lo ha entendido bien: «en el campo tebano». En el verso siguiente dice: «De mi ejército aguerrido / al ilustre esclarecido / no veo, al que es a un tiempo excelso vate / y guerrero también». Canga aquí desbarra: «Deseo a mis ejércitos entrambos / los dos ojos famosos en vaticinios y en guerra fría».

Confrontémoslos con el texto griego:

εἶπεν ἐν Θήβαισι τοιοῦτός τι ἔπος·
 «Πόθ' ἔω στρατίας ὀφθαλμὸν ἔμᾳς
 ἀμφότερον μάντιν τ' ἀγαθὸν καὶ
 δοῦρὶ μάρνασθαι...»

A partir del verso 70 encontramos en Berguizas otro texto más que podría servirnos como claro ejemplo de adición de epítetos a capricho. Subrayo las palabras que no corresponden al original: «quando en cerviz erguida / dos cerúleos dragones al infante / abandonado crían (inspirados / por las deidades) con la miel sabrosa / de la abeja officiosa. / De Pitón pedregosa el Rey Epito / vuelve; en cuidadoso pecho, en labio ansioso / pregunta a todos por el tierno infante / de Evadne hijo brillante; de Apolo esclarecido / augusta prole y fruto engrandecido». La versión de Canga no llega a ésta en la amplificación, pero no está exenta de epítetos inoportunos por un lado y de supresiones injustificables por otro: «Jano en el parto amado / salió de sus entrañas, y en el suelo / el pobre abandonado, / por voluntad del poderoso cielo / dos cerúleos dragones le criaron / con veneno de abejas saludable / y así le recrearon...»

(κηδόμενοι). Obsérvese de pasada el empleo de la palabra veneno aplicada a la miel porque la trajeron los dragones.

Hasta aquí el comentario de las traducciones de Píndaro: dos versiones en las que se dan con frecuencia los errores. Con mayor tendencia a la amplificación, la de Berguizas, aunque también los Canga, incurrían a veces en ese defecto. Como se puede apreciar, hay gran diferencia con las vistas anteriormente de Teócrito que siguen bastante de cerca el texto original. Aunque hemos examinado pocos casos de las versiones de Píndaro, creo que son suficientes para formarse una idea de ellas. No es posible hacer grandes descubrimientos en este campo ni éste es tampoco un trabajo de erudición. Precisamente la nota más destacable es esa amplificación que en ocasiones hace irreconocible el original. Démosle, sin embargo, a estos traductores, que sin duda encontraron el texto de Píndaro muy dificultoso y al parecer demasiado escueto, su debido mérito, ya que estamos seguros de que su trabajo sería de gran interés en aquellas circunstancias en que la poesía pindárica era casi el libro de los Siete Sellos.

Entre los poetas griegos estudiados en este siglo, Anacreonte ocupa un lugar preeminente. Es el más traducido e imitado de todos. Esto se explica con facilidad si tenemos en cuenta que las notas predominantes del XVIII están muy de acuerdo con los temas y el estilo del poeta de Teos. En efecto, la superficialidad y el hedonismo que caracterizan la manera de vivir de la sociedad de esta época tienen íntima relación con el carácter ligero y sensual de los cantos de Anacreonte a la vida y a los placeres.

Estas características no se limitan a la poesía ni tampoco al ámbito de España. Sabemos, por ejemplo, que hay un paralelismo entre las notas dichas y la pintura sensualista de Watteau de tonalidades suaves y blandas. Tampoco podía ser de otra manera cuando lo que quería el famoso pintor era agradar a aquella sociedad. Por otra parte, baste decir de lo extendido que estaba el uso de la anacreóntica incluso fuera de España que el propio Goethe dedicó su primera actividad literaria a escribir anacreónticas que él mismo destruyó por consejo de sus amigos, principalmente de Herder. Precisamente por ser Anacreonte el autor que más ampliamente vamos a tratar dentro de los traducidos a los que dedicamos el presente trabajo, lo hemos dejado para último lugar.

Agrupamos en primer lugar las traducciones de Conde, los hermanos Canga-Argüelles, Alvarez de Cienfuegos y Luzán por ser las más relacionables entre sí por el estilo y la época. Más brevemente trato otras posteriores como la de Castillo y Ayensa o la versión de D. Francisco Camacho, que se aparta de éstas por ser una cristianización y no traducción.

Me limito a comentar dos odas que creo que serán suficientes para darnos una idea de estas traducciones. Van a ser la oda II y III de las anacreónticas 17 y 19 (ed. de Zuretti, pp. 40 y 47, respect.).

El texto griego de la oda II dice así:

Φύσις κέρατα ταύροις,
 ὀπλάς δ' ἔδωκεν ἵπποις,
 ποδωκίην λαγωοῖς,
 λέουσι χάσμ' ὀδόντων,
 τοῖς ἰχθύσιν τὸ νηκτόν,
 τοῖς ὀρνέοις πέτασθαι,
 τοῖς ἀνδράσι φρόνημα
 γυναιξίν οὐκ ἔτ' εἶχεν;
 Τί οὖν δίδωσι; κάλλος,
 ἀντ' ἀσπίδων ἀπασῶν,
 ἀντ' ἐγγέων ἀπάντων
 νικᾷ δὲ καὶ σίδηρον,
 καὶ πῦρ καλὴ τις οὔσα.

CONDE

Naturaleza al toro
 los cuernos quiso darle,
 duros pies al caballo
 con que la tierra bate,
 a las tímidas liebres
 correr al viento iguales,
 al león animoso
 los dientes espantables,
 el nadar a los peces,
 el volar a las aves
 y a los hombres prudencia,
 y el ánimo constante:

CANGA

A los toros natura
 les dio aguzados cuernos,
 a los caballos uñas,
 a las liebres pies ligeros,
 dentada horrible sima
 dio a los leones fieros:
 nadar dexó a los peces,
 las aves soltó al viento,
 fortaleza a los hombres,
 faltaba el otro sexo.
 ¿Pues qué le dio? belleza,
 por más fuerte que el fuego,

¿y a las mujeres nada?
 ¿lo que las dio no sabes?
 Belleza, la belleza,
 don divino y amable,
 más que lanza y adarga,
 y todas armas vale,
 que el fuego y el acero
 las bellas vencer saben.

que todos los escudos
 y lanzas de un guerrero.

LUZÁN

A. DE CIENFUEGOS

Naturaleza al toro
 dio cuernos en la frente,
 uñas a los caballos,
 ligereza a las liebres,
 a los bravos leones
 sima de horribles dientes:
 dio el volar a las aves,
 dio el nadar a los peces,
 dio prudencia a los hombres,
 mas para las mujeres
 no le quedó otra cosa
 que liberal las diese.
 ¿Pues qué las dio? Belleza,
 la belleza que puede
 aún más que los escudos
 y que las lanzas fuertes:
 porque en poder y en fuerza
 una hermosura excede
 al hierro que más corte,
 al fuego que más queme.

Armó natura al toro
 con la enastada frente,
 y al caballo con plantas
 que atrás furioso vuelve.
 La cavernosa boca sembró,
 sembró al león de dientes,
 y la veloz carrera
 dio a la prófuga liebre.
 Alas puso a las aves,
 dio el nadar a los peces,
 la sensatez al hombre,
 ¿y olvidó a las mujeres?
 No; ¿qué les dió? belleza,
 arma la más potente,
 ¡ah, cedan hierro y fuego
 a la que hermosa fuere!

Salta a la vista que la característica fundamental de estas versiones es esencialmente la amplificación de la que hacen mayor uso Conde y Cienfuegos. En efecto, en la versión del primero se encuentran traducciones como la de *δπλας* por «duros pies... con que la tierra bate»; *ποδοκίην* por «correr al viento iguales»; *χάσμα ὀδόντων* por «los dientes espantables»; *φρόνημα* por «prudencia y ánimo constante». Obsérvese también el mal empleo del singular en las traducciones de *ἴπποις*, *ταύροις*, cuando sería más propio por el sentido el plural manteniendo además el texto griego. Es éste un defecto que tiene también Cienfuegos en su traducción. En la serie

de epítetos todos se exceden, aunque en menor medida que Conde. Así, Canga traslada el κέρρατα del verso primero por «aguzados cuernos» y añade el adjetivo «fieros» a «leones» en el verso sexto. Como detalle estilístico hay que notar la supresión del artículo al sustantivo «liebres» en el verso cuarto, con lo que, si consigue que el verso conste, queda el giro menos natural. Una inexactitud de índole distinta está en la traducción de φρόνημα en el verso séptimo por «fortaleza», no dándole la noción intelectual que es propia de este término.

Veamos ahora las traducciones de estos versos en Cienfuegos: κέρρατα: «enastada frente», ὀπλάς: «plantas que atrás furioso vuelve». El verso cuarto lo traduce por: «la cavernosa boca sembró al león de dientes», que, aunque redundante, resulta acertado en la idea por ser χάσμα de la misma raíz de χάος, que, a su vez, relacionado con χάσκω y χανδάνω, tiene un significado primitivo de «gran abertura tenebrosa» o «abismo», de donde viene el posterior de «caos».

Obsérvese, sin que ello tenga la menor importancia, que este verso está cambiado de orden con el que se refiere a las liebres, lo mismo que el que hace mención de las aves con el que trata de los peces.

Insistiendo en esta amplificación, pasamos a la versión de Ignacio de Luzán, donde encontramos como punto común con los anteriores: «cuernos en la frente», correspondiendo a κέρρατα, «bravos leones» traduciendo λέουσι, «horribles dientes» por ὀδόντων. Está, en cambio, bien elegido el término «sima» para χάσμα y resulta oportuna la anáfora: «dio el volar..., dio el nadar...».

Además de una inexactitud de Canga que traduce algo libremente el verso sexto por «las aves soltó al viento», los cuatro debieron encontrar demasiado lacónica la traducción literal del verso que dedica a las mujeres y hacen alguna perífrasis que se sale del sentido exacto del original: Conde agrega un verbo en segunda persona: «lo que le dio no sabes?» y a continuación añade un verso de más a propósito del sustantivo κάλλος. Cienfuegos inventa un verbo olvidar de εἶχεν y cambia la construcción del final pasando el complemento directo a sujeto y viceversa, tal vez para darle mayor énfasis. Canga también amplía, aunque sin añadir ninguna idea nueva. Los tres versos finales quedan también algo libremente traducidos. Luzán es el más exacto de ellos en este punto, si bien añade el adjetivo «liberal» que no está en Anacreonte. En los versos finales

se excede en cambio sobremanera. Obsérvese que a cuatro del original corresponden siete de Cienfuegos.

Oda III

Μεσονυκτίοις ποθ' ὥραις,
στρέφεθ' δτ Ἄρκτος ἦδη
κατὰ χεῖρα τὴν Βοώτου,
μερόπων δὲ φύλα πάντα
κέαται κόπῳ δαμέντα,
τότ Ἔρωσ ἐπισταθείς μευ
θυρέων ἔκοπτ' ὀχῆας.
Τίς ἔφην, θύρας ἀράσσει;
κατὰ μευ σχίσαις ὄνειρους.
Ὅ δ' Ἔρωσ, ἄνοιγε, φησίν·
βρέφος εἰμί, μὴ φόβησαι·
βρέχομαι δὲ κάσέληνον
κατὰ νύκτα πεπλάνημαι.
Ἐλέησα ταῦτ' ἀκούσας·
ἀνά δ' εὐθὺ λύγνον ἄψας
ἀνέφρα, καὶ βρέφος μεν
ἔσορῶ φέροντα τόξον,
πτέρυγας τε καὶ φαρέτρην.
παρὰ δ' ἰστίην καθίσα,
παλάμαις τε χεῖρας αὐτοῦ
ἀνέθαλπτον, ἐκ δὲ χαίτης
ἀπέθλιβον ὑγρὸν ὕδωρ.
Ὅ δ', ἐπεὶ κρύος μεθῆκεν,
φέρε, φησί, πειράσωμεν
τόδε τόξον, εἴ τι μοι νῦν
βλύβεται βραχεῖσα νευρή.
τανύει δὲ καὶ με τύπτει
μέσον ἦπαρ ὥσπερ οἰστρος·
ἀνά δ' ἄλλεται καχάζων,
ξένε, δ' εἶπε, συγχάρηθι·
κέρας ἀβλαβές μὲν ἔστι
σὺ δὲ καρδίην πονήσεις.

CONDE

En las nocturnas horas
 cuando el Oso voltea
 del Boote a la mano,
 y ya la dulce fuerza
 del apacible sueño
 a los hombres recrea
 del trabajo domados,
 entonces amor llega,
 a mis umbrales para,
 y a las puertas golpea:
 ¿Quién mi reposo altera?
 al punto me responde,
 y con voz halagüeña
 me dice el Amor: abre,
 soy un niño, no temas;
 voy perdido, y mojado,
 la luna no clarea,
 y la espantosa noche
 es atezada y negra.
 Compadecíme oyendo
 estas súplicas tiernas:
 Encendí luz, y abríle
 al instante la puerta,
 y cátonme allí un Niño
 con todo tren de guerra.

Traía el rapazuelo
 arco de tirar flechas,
 alas también y aljaba
 de las de Lycia o Creta.
 Entró púsose al fuego,
 y yo sus manos tiernas
 enxugué con las mías,
 y sus doradas trenzas.
 Después de calentarse
 dice, vamos por prueba
 a ver si el arco mío
 y su mojada cuerda
 es de provecho: tira,
 y clávame una flecha
 en medio de los pechos
 penetrante y ligera:
 él saltaba y reía
 a carcajada suelta:
 alégrate conmigo,
 decía, que la cuerda
 está firme, y el arco
 tiene toda su fuerza;
 mas temo de tu pecho
 las amorosas penas.

CANGA

Al tiempo que mediaba
 la noche tempestuosa,
 cuando va hacia la mano
 del Boótes la Osa:
 quando todos los hombres
 del trabajo reposan
 entonces a mis puertas
 una noche amor toca.
 «¿Quién llama a fuera, dixe,
 que el sueño me alborota?»
 «Abre y no temas, dixo,
 soy un niño que ahora
 mojado estoy y errante
 de la noche en las sombras».

Compadeciómeme el caso
 luego que oí la historia,
 y una luz encendiendo,
 le abrí sin más demora:
 Quando vi un tierno niño
 que en los hombros soporta
 una aljaba y un arco,
 y alitas voladoras.
 Arriméle a la lumbré,
 su cabellera bionda
 le exprimí, y con mis manos
 apretétele las propias.
 Él viéndome caliente,
 «probemos, dice, ahora

si aunque mojado daña
mi arco alguna cosa».
Estiró pues el nervio,
y con flecha traidora
por medio las entrañas
me traspasó a deshora

reventado de risa
salióse de mi alcoba
diciéndome: «ea, huésped,
huélgate y te alborozas,
mis arcos están sanos,
mas tú con mil congoxas».

CIENFUEGOS

En medio de la noche,
cuando parece el carro
donde ostentó Bootes
sus ya cubiertos rayos;
cuando al mortal cerraba
los ojos el cansancio,
de pronto amor parece,
mis puertas golpeando.
«¿Quién de mi sueño, dije,
turba el feliz descanso?»
Y respondió: «No temas,
abre, soy un muchacho;
por compasión me hospeda;
que llueve, estoy helado,
y en deslumbrada noche
solo y perdido vago».
Me lastimé de oírle,
y voy, y enciendo, y abro

y un niño vi con alas,
con aljaba y con arco.
Le siento a par de fuego,
y caliente sus manos
con mis palmas, y enjugo
su pelito mojado.
Al fin se cobra y dice:
«Trae, probaré del arco
la ouerda; que esta lluvia
¡cuál me la habrá parado!»
La estira, y cual serpiente
que pica y vuelve insanos,
me hiere toda el alma,
mi pecho traspasando.
«Vengan albricias, huésped,
grita riendo; el arco
ilesos está; tu pecho
no quedará tan sano».

LUZÁN

Era ya la media noche,
y la polar Osa fría
por el cielo ya seguía
de Boote el tardo coche
y los cansados mortales
en silencio reposaban,
y al dulce sueño entregaban
la memoria de sus males
Quando amor, que siempre alerta
está para nuestro daño,
con el más cruel engaño
vino a llamar a mi puerta.
¿Quién es (grité yo enojoso),
que viene tan a deshora
a interrumpirme la hora

de mi más dulce reposo?
Amor dijo Ábreme amigo:
no temas, un niño soy:
mojado y perdido voy
en busca de algún abrigo.
Yo entonces compadecido
a tan justo humilde ruego,
encendí una luz, y luego
la puerta abrí al fementido:
y vi un rapaz que llevaba
un arco en mano empufiado,
alas al hombro, y al lado
iba pendiendo una aljaba.
A la lumbre le acerqué,
y sus manecitas frías

le calenté con las mías,
y el cabello le enjugué.
Después que a tal beneficio
cesó del frío el rigor,
probemos, dice el traidor,
si mi arco está de servicio:
probemos si a este bordón

ha dañado la humedad:
así dijo, y sin piedad
me traspasó el corazón.
y con esto no contento
de mi mal y sus traiciones
añadió aquestas razones
burlando de mi tormento.

Para comentar las traducciones de esta oda hay que tener en cuenta la diferencia de versos empleados en la traducción. Mientras que Luzán lo traduce en redondillas, los otros tres usan rima asonante en los impares. De ahí el que Luzán se encuentre obligado a hacer una traducción mucho más libre que los demás y a añadir ripios que en los otros no se encuentran. Empecemos, siguiendo el orden de los traductores, por Conde, que, como es costumbre en él, agrega también lo suyo: en el verso quinto traduce: «la dulce fuerza del apacible sueño / a los hombres recrea / del trabajo domados», añadiéndole la idea de dulzura al sueño que no está expresado en el original, donde sólo se da la de sueño profundo provocado tanto por el cansancio como por la hora indicada por Anacreonte, con una imagen propia de la vida del campo, reminiscencia homérica, sin duda.

El \acute{o} δ' Ἔρωσ φησὶν lo traduce por: «al punto me responde, / y con voz halagüeña / me dice el Amor...». Los versos 16 y 17 están también traducidos desmesuradamente: «y cáto me allí un Niño / con todo tren de guerra. / Traía el rapazuelo / arco de tirar flechas / alas también y aljaba / de las de Licia o Creta». En los tres versos últimos hay un circunloquio poco exacto y poco poético: ya que el amorcillo se complace en disparar, no existe la idea de temor que le agrega nuestro traductor.

Canga hace algunas traducciones algo libres como las de los mismos versos que hemos comentado de Conde referentes al descanso nocturno de los mortales: «Cuando todos los hombrse del descanso reposan». Falta aquí la idea de dominio por el sueño que está recogida, en cambio, en las otras tres traducciones. Más arriba, correspondiendo al primer verso griego, aquí en el segundo, agrega el adjetivo «tempestuosa» a la noche. Comete Canga dos faltas sintácticas más abajo, una en el verso veinte de su traducción al traducir «soporta» por «soportaba», que sería lo esperado según la

concordancia castellana. Es una falta hecha sin duda por la métrica y la rima. Más grave es el trasladar el βλάβεται del verso 25 con valor activo y el acusativo de relación τι como complemento directo. Incorrecta igualmente es la traducción de los versos 27 y 28, así como el ἀνά δ' ἄλλεται καχάζων que viene a continuación por «reventado de risa / salióse de mi alcoba». Tiene, en cambio, un final más fiel al original que el de Conde.

Con la versión de Cienfuegos nos encontramos con otro caso en el que abundan las traducciones libres. Son éstos buenos ejemplos de la impaciencia, tan propia del español, que no para a buscar la rima detenidamente, sino que se queda con lo primero que le sale, aunque ello sea en perjuicio de mantener las ideas del original. Tenemos, en efecto, el στρέφεθ' del segundo verso traducido por «parece» (aparece). Menos fiel es aún lo que viene a continuación: κατὰ χεῖρα τὴν βοώτου: «Donde ostentó Bootes sus ya cubiertos rayos». Añade un verso en boca del amorcillo: «por compasión me hospeda». Por el contrario, el ἀνά δ' εὐθὺ λύχρον ἄψας (v. 15) lo reduce a un «enciendo». Con excesiva libertad está traducido el verso 25: «(probaré la cuerda... que esta lluvia) ¡cuál me la habrá parado!». Exagerada redundancia encontramos en la traducción de los versos 27 y 28: «la estira, y cual serpiente / que pica y vuelve insanos, / me hierde toda el alma, / mi pecho traspasando».

En la traducción de Luzán, dadas las características que hemos dado antes, tiene el mérito de emplear un metro difícil para este caso, redondillas a veces muy hábilmente hechas como la que empieza: «a la lumbre lo acerqué...». Por otra parte, como también dijimos, las redundancias son abundantes: compárense con el original los versos que hay a partir del quinto: «y los cansados mortales...» o los que vienen después del catorce. En otras ocasiones se ve obligado a omitir términos como ὥσπερ οἶστρος del verso 28, si no es que hay que entender que está traducido en el «sin piedad», en cuyo caso sería una inexactitud como la que encontramos al principio de la poesía: «Y la polar Osa fría / por el cielo...».

Con esto queda terminado lo que respecta a estos traductores. Si siguiéramos examinando las otras odas hasta llegar a su totalidad, observaríamos los mismos rasgos que hasta el momento: falta de literalidad y una gran tendencia a la redundancia y a la adición de nuevos términos. Entre ellos, no obstante, se dan traducciones

bien hechas y acertadas. Conde tiene más mérito que Canga en cuanto que ha recogido hasta noventa y una odas, y este último, sesenta y cinco. Supone, pues, en los dos cuando menos un gran interés en el estudio y la recopilación de las obras anacreónticas. Lo que sí hay que señalar es que, contra lo que pudiera pensarse teniendo en cuenta la situación de los estudios clásicos del momento, no parece que tengamos ante nosotros una copia de traducciones hechas en otra lengua⁵. Es más, el cotejo con otras versiones nos indica, como característica de las españolas, la tan mencionada tendencia a la perífrasis. Sólo por esta vez hemos de concederle un valor a este defecto que hemos venido señalando tan repetidamente.

Finalmente, quiero hacer constar que no estoy de acuerdo, en general, con las críticas o comentarios que se han hecho de estos traductores comparando los unos con los otros. Los estudios que contienen tales críticas son del siglo pasado o de principios de éste. Nos vamos a referir especialmente a los de Menéndez Pelayo, a los de A. Rubió y Lluch y a los de Bonifacio Hompanera. Como común denominador de todos ellos tenemos el que ponen como superior la traducción de los hermanos Canga a la de Conde. Tal vez el más extremista en este punto sea Hompanera, que dice de la versión de los Canga que el conocimiento filológico que poseían era superior a toda alabanza, mientras que de Conde dice que tiene defectos de consideración⁶. No vamos a negar esto último. Ha quedado suficientemente probado que no era un buen helenista, pero creemos inadmisibles tratarle con tanta diferencia a él y a los Canga, cuyos yerros y méritos hasta ahora vistos prácticamente no difieren del primero. En cuanto a Menéndez Pelayo, hemos de decir que, además de criticar a ambos en este sentido, los compara continuamente con Castillo y Ayensa, también traductor de Anacreonte, aunque ya perteneciente al siglo XIX. Para él, éste ha sido un traductor «definitivo». Que ello no es cierto y que en ocasiones adolece de las mismas faltas que los otros se comprueba con un pequeño estudio de su traducción. Efectivamente, al final de la última oda traducida (φερ' ὕδαρ, φέρ' ὄλνον) (Zur. XVI, auténtica):

⁵ Esto no excluye que se hubieran ayudado en ocasiones de ellas como el propio Canga reconoce en el prólogo de su obra.

⁶ «Anacreonte, Líricos griegos y su influencia en España», *La ciudad de Dios*, LXI, 1903-1904, p. 197 ss.

Muchacho, dame agua,
muchacho, dame vino,
róseas guiraldas trae
que a coronarme aspiró.

Obsérvese lo prosaico y ocioso de este verso. Y sigue:

Muchacho, presto llega
que lucha Amor conmigo
y en la amorosa lucha
me lleva ya vencido.

Como puede verse, estos dos últimos versos están de más. En el verso tercero, Zuretti lee: ὡς δὴ, pero Castillo: ὡς μή. Quizá con las dos lecciones tenga sentido para poder luchar con el Amor (y vencerle) «o» para evitar (esquivar) la lucha con el Amor. Ponemos a continuación la oda completa para mejor comprensión de lo dicho:

Φέρ' ὕδωρ, φέρ' οἶνον ᾧ παῖ,
φέρει δ' ἀνθεμεῦντας ἡμῖν
στεφάνους, ἔνεικον, ὡς δὴ
πρὸς Ἔρωτα πυκταλίζω.

El verso no lo consigue a veces sino con un ripio absurdo. Véase la oda siguiente (Zur. XIX):

Πῶλε Θρηκίη, τί δὴ με λοξὸν ὄμμασιν βλέπουσα,
νηλεῶς φεύγεις, δοκέεις δέ μ' οὐδὲν εἰδέναι σοφόν;

Castillo traduce así el principio:

Yegüita de Tracia
¡qué torvos me miran
tus ojos ardientes!
¡cuán fiero me esquivas!

El epíteto «ardiente» es ocioso y además contrario al sentido del original. En esta composición faltan además unas palabras del texto griego: ἤνίας δ' ἔχων στρέφοιμι σ'.

De más calidad resulta a nuestro juicio la traducción de Ayensa en prosa, aunque el exagerado menosprecio de Menéndez Pelayo por esta clase de traducciones le lleve a no hacer mérito de ella.

Así, en la misma oda ya citada (φέρ' ὕδωρ) puede compararse el texto griego con la traducción en prosa, de una parte, y con la versificada, de otra, y se verá lo que acabamos de decir. La versión en prosa podría hasta ponerse en forma de verso moderno:

Dame agua, muchacho, dame vino,
 Dame coronas de flores.
 Tráelas para no luchar por el amor.

(En cuanto al texto griego, recuérdese que la lección de Castillo es: ὄς μή en el tercer verso.)

En la oda XVIII ἡ γῆ μέλαινα πίνει la fuerza de la rima le lleva a traducir ξταιροι por «muchachos», mientras que en prosa lo traduce rectamente por «compañeros».

Veamos ahora una de las más bellas anacreónticas antiguas: εἰς τέττιγα. Castillo, en la versión en prosa, convierte a la cigarra en cigarrón para conservar el género del original. En la traducción en verso dice «cigarra», pero notemos: δενδρέων ἐπ' ἄκρων: en prosa: «en las puntas de los árboles»; en verso: «sobre las tiernas ramas» (falso).

El θέρεος γλυκὸς προφήτης lo traduce en prosa: «dulce nuncio del estío», y en verso: «nuncio del verano», omitiendo el significativo epíteto.

En λιγυρήν δ' ἔδωκεν οἴμην tenemos: en prosa: «te dio el agudo canto»; en verso: «te dio la voz sonora / que a los bosques encanta» (este último verso, gratuitamente añadido), acaso reminiscencia de Homero IL, III, 151 ss.

Φιλουμε lo traduce en prosa por «amigo del canto», y en verso por «dulce», que es inadecuado. Así, el adjetivo que antes se le escapó, se lo aplica ahora fuera de lugar y dejar por traducir otro de valor mucho más concreto.

La versión en verso muchas veces se convierte en perífrasis con la tendencia amplificadora misma de los otros autores contraria al espíritu de la poesía anacreonteica. En la oda XX, εἰς βάθυλλον al final:

Τίς ἄν οὖν ὄρων παρέλθοι
 καταγώγιον τοιοῦτον.

En prosa: «¿Quién, pues, al ver semejante albergue pasaría de largo?». En verso:

¿De tan feliz estancia
quién viéndola no goza?,

lo que es muy distinto y falso. Se trata de la sombra de Bátilo, comparada a la de un árbol bajo el cual se acoge el poeta.

Otra oda al caso es la XXIV: εἰς τοὺς ἑαυτοῦ Ἑρωτάς.

Verso:

Si los árboles todos
que mantiene la tierra
supieras numerarme
y del mar las arenas.

(¡Véase la rima de este último verso!) En prosa dice: «Si sabes enumerar todas las hojas de los árboles, si sabes contar las olas de todo el mar.

Añade después una forma viciosa de imperativo frecuente en Castillo: «agrégales».

No está de más agregar a lo que llevamos visto de anacreóntico en este siglo la traducción de esta última anacreóntica citada: εἰς τέτιγγα, hecha por Goethe, quien, por pertenecer a la época que tratamos y por ser una de las mayores figuras universales, nos resultará de suma utilidad. Aprovechamos para poner al lado la versión de Castillo y la del original griego.

Goethe dice así:

Selig bist du, liebe kleine,
die du auf der Bäume Zweigen
von geringen Trank begeistert,
singend wie ein König lebest!
Dir gehöret sigen alles,
alles was die Stunden bringen,
lebest unter Ackers Leuten,
ihre Freundin unbeschädigt,
du den Sterblichen Verehrte,
sü en Frühlings sü en Bote!
Ya, dich lieben alle Musen,
Phöbus selber mu dich lieben,
haben dir die Silberstimme.

Dich ergreift nicht das Alter
weise zarte, Dichterfreundin,
ohne Fleisen und Blut Geborne,
leidenlose Erdentochter,
fast dem Töchtern zu vergleichen.

La versión de Castillo es:

Cigarra, feliz eres
sobre las tiernas ramas
bebiendo de rocío
una gotilla escasa.
Desde allí como reina
sonoramente cantas;
cuanto miras es tuyo
por selvas y campañas.
Tú del colono amiga,
que daño a nadie causas;
por nuncio del verano
los mortales te acatan:
A ti quier en las Musas
y el mismo Febo ama;
te dio la voz sonora
que los bosques encanta.
Vejez no te consume;
dulce, impasible, sabia,
tersígena, sin sangre,
a los dioses te igualas.

Anacreonte dice:

Μακαρίζομέν σε, τέτιξ,
ὄτε δενδρέων ἐπ' ἄκρων
ὀλίγην δρόσον πεπωκῶς
βασιλεὺς ὄπως αἰδεις·
σὰ γάρ ἐστι κείνα πάντα,
ὅποσα τρέφουσιν ὦραι,
σὺ δὲ φαίνεαι γεωργῶν
ἀπὸ μηδένας τι βλάπτων·
θέρεος γλύκύς προφήτης·
σὺ δὲ τίμιος βροτοῖσιν,
φιλέουσι μὲν σε Μοῦσαι,
φιλέει δὲ Φοῖβος αὐτός,
λιγυρὴν δ' ἔδωκεν οἴμην.
τὸ δὲ γῆρας οὐ σε τέρπει,
σοφέ, γηγενής, φίλυμνε·
ἀπαθής δ', ἀναιμόσαρκε
σχεδὸν εἰ θεοῖς ὁμοῖος.

Señalemos que, lo mismo que Castillo, Goethe leía en su texto προφήτης por προφήτης. En cambio, en el verso 7 tenía ὦραι por ἔλαι. Hay errores de inteligencia del original, de los cuales los de más bulto son el traducir (ἄπο)-βλάπτων con valor pasivo (unbeschädigt), provocado, sin duda, por haber referido la preposición ἀπὸ a μηδενός, y el verter ἀναιμόσαρκε por ohne Fleisch und Blut geborne. Hay una desviada prolongación poética en el tercer verso. Debemos apreciar, sin embargo, frente a estos y otros defectos, el acierto de la forma del verso: el dímeter jónico anaclástico ha sido trasladado en su propia medida de ocho sílabas y, acertadamente, sin rima. Tiene un verso más que el original (diecinueve en vez de dieciocho) y la desigualdad se produce en los versos 15-18, que son también los que se separan más de aquél.

Termino el presente trabajo con una breve ojeada a la cristianización de las odas de Anacreonte, de D. J. Camacho.

Esta versión, sin duda original, al menos por concebir un Anacreonte cristianizado, está basada en la traducción de los hermanos Canga Argüelles y les da un cambio tal que posiblemente al propio poeta griego le hubiera costado reconocer una reminiscencia suya en muchas de las odas. Algunas, en cambio, como la que empieza $\theta\acute{\epsilon}\lambda\omega \lambda\acute{\epsilon}\gamma\epsilon\iota\nu \text{ } \acute{\alpha}\tau\rho\epsilon\iota\delta\alpha\varsigma$, se aproximan más a la versión primitiva. En otras ocasiones, en cambio, desaprovecha oportunidades que le presta el original para hacer la «conversión». Me refiero al final de la oda en que se cantan las cualidades de los seres vivos: $\Phi\acute{\upsilon}\sigma\iota\varsigma \kappa\acute{\epsilon}\rho\alpha\tau\alpha \tau\acute{\alpha}\rho\upsilon\rho\iota\varsigma$. Cuando se trata de las mujeres, bien podía haber hecho alusión a alguna virtud de la mujer cristiana, pero prefiere apartarse del texto, tal vez con algún escrúpulo de tocar el tema, y dice: «¿Y qué dio al alma justa? / Gracia con que elevarse / sobre las perfecciones / y dotes naturales: / lo que amando a Dios logra, / y pierde por no amarle.

Es difícil afirmar la influencia que la obra de Camacho ejercería en los eruditos del XVIII, a nuestro juicio creo que no puede resultar más ineficaz en su intención dado que las transformaciones que le hace le quitan naturalidad y sencillez y le dan un carácter mucho más grosero. De ello puede ser un buen ejemplo la oda que se refiere al amorcillo y que hemos visto en las versiones de los cuatro traductores. Me abstengo de ponerla para no extenderme demasiado, pero en ella encontrará el interesado tema para distraerse.

Con D. José Camacho doy por vistas estas muestras de traducciones del griego en el siglo XVIII. Como ha quedado en evidencia más de una vez, la característica más general es la tendencia a la perífrasis, en ocasiones desmesurada. La versión de un poeta ya del siglo XIX, pero que culturalmente pertenece al anterior D. José Castillo y Ayensa, es algo superior y no tiene en general tanta amplificación, pero no se puede decir de ella que «marque un hito» como quiere Menéndez Pelayo.

Las dos versiones de Teócrito son las más fieles: una, de M. Valdés, y otra, de J. A. Conde, aquella superior a ésta por el gusto. Píndaro es, en cambio, el traducido más defectuosamente. Anacreonte, autor favorito para los helenistas del XVIII, quedaría en un lugar intermedio entre los dos.

No por mera defensa de los traductores quiero repetir que, con todos sus inconvenientes, estos trabajos son de un mérito especial, en primer término porque, de acuerdo con la intención de sus autores, serían de gran provecho para los posteriores estudiosos del griego, y en segundo lugar porque, si normalmente se juzga a una época literaria por los frutos que en ella se dan, muy particularmente en este caso tenemos que hacer a la inversa: considerar estas obras como resultado de un determinado nivel en la materia, y, en ese caso, como ya dijimos al principio, la labor de los traductores fue realmente ingente.

CARMEN T. PABÓN